

CAPITULO XXXVI.

DE LA MANSEDUMBRE DE JESUCRISTO.

LA dulce mansedumbre es hija de la humildad. Todo corazón humilde es manso, y tanto mas manso cuanto mas humilde. ¡Cuál debió ser, pues, la mansedumbre de Jesucristo! ¡Y cuán autorizado estaba para decirnos: *Aprended mi que soy manso!* Conciliábase perfectamente en él esta virtud con el celo y la firmeza. Cuando se trataba de defender los intereses de su Padre y de la verdad, de reprender á los hipócritas que abusaban de las apariencias de piedad para seducir al pueblo, ó de corregir los escándalos, hablaba con fuego y vehemencia, manifestaba una santa indignacion, hasta desplegaba su autoridad divina, como lo hizo dos veces cuando arrojó del templo á los que traficaban en él. Pero cuando se trataba de persona, ó bien dejaba sin rechazar las injurias y las calumnias que se le imputaban ó se defendía con una extremada moderacion, sin mostrar la menor alteracion en su aire ni en sus palabras, y empleando sin acalorarse razones invencibles, que dejaban sin respuesta á sus enemigos.

El principio de esta mansedumbre inefable residia en su corazón; no tenia mas que seguir sus movimientos, sin necesidad de hacerse la menor violencia. Para hablar dignamente de sí, hemos de decir que era absolutamente imposible que le abandonase, ni que faltase á ella en circunstancia alguna, porque su alma estaba siempre bajo el dominio del Verbo, que en todo la gobernaba y arreglaba. Y sin embargo es de observar que alma alguna tuvo nunca una tan viva y delicada sensibilidad; que no le escapaba el menor rasgo de la injusticia y de la perversidad de sus enemigos; y que tenia para con sus malas disposiciones toda la aversion que puede tener un Hombre Dios.

Nunca se manifestó mas dulce que en las contradicciones que experimentó durante todo el curso de su vida pública, en la manera con que se justificaba de las odiosas acriminaciones que se le hacian, ya de violar el sábado, ya de arrojar los demonios invocando á Belzebú, príncipe de ellos; ora de conversar y de comer con los pecadores, ora de ser un samaritano, un hombre poseido del demonio, hasta un blasfemo, porque se decia Hijo de Dios. ¡Cuántas veces se intentó prenderlo, precipitarlo, apedrearlo! La rabia de sus enemigos llegaba á su colmo; y la mansedumbre que á ella oponia, lejos de apaciguarlos, les irritaba mas todavía.

He hablado ya de la conducta de Jesucristo con respecto á sus apóstoles. No se mostró menos dulce con ellos que con sus enemigos, ni tuvo de ello menos necesidad. Con ellos vivia como un padre y como un amigo, mas bien que como un maestro. Tratábales casi como de igual á igual; y cuando se atiende á lo que era él y cuánto les era superior, no digo por su divinidad, sino hasta por su misma humanidad, no puede menos que asombrarnos y arrebatarnos su condescendencia y su familiaridad. Eran hombres sencillos y sin vicios; pero sujetos á muchos defectos é imperfecciones, de las que les reprendía con tanta discrecion como dolor, cuando lo juzgaba á propósito para su provecho, y les sufría con paciencia aguardando que se corrigiesen y sabiendo que no se verian libres de aquellos defectos enteramente sino despues de su muerte en el descenso del Espíritu Santo. Cuanto mas perfecto y santo era él, mas parece que debia sufrir por las debilidades y por las miserias de sus discípulos; mas no leemos que nunca se lo diese á conocer, ni que tratase de humillarlos. En su enmienda no se proponia otro objeto que su bien y no la propia satisfaccion. Solo era solícito en ganar su corazón, y en tenerlos unidos con él y entre sí por medio de las insinuaciones y de los miramientos de la caridad.

Eran hombres ignorantes y groseros, incapaces de entender nada de las cosas espirituales. ¡Cuánto debió costarle el ins-

truirlos! ¡Cuánto tuvo que abajarse para ponerse á su alcázar! Y ¿qué otro sino él no se hubiera impacientado, á lo menos interiormente, viendo que nada comprendían y que todas sus lecciones eran, por decirlo así, perdidas? Los que se hallan en el caso de enseñar á los demas están tanto mas expuestos á enfadarse y á desanimarse, cuanta mayor inteligencia tienen ellos y mas obtusa es la de sus discípulos; y no sé si se hallaria un santo bastante dueño de sí para reprimirse siempre cuando tiene que instruir á ciertas inteligencias. Infirmos de ahí la dulzura é inefable mansedumbre de Jesucristo, el cual poseyendo todos los tesoros de la ciencia divina, tenia que conversar con hombres tan materiales y sin capacidad, no cansándose jamas, y no dejando perder la menor ocasion para elevarlos al conocimiento de las cosas divinas. En su mano estaba el comunicarles mas luces y mas gracias; fácilmente podia desengañarles de sus errores; podia, como lo hizo despues de su resurreccion, abrirles las potencias y concederles la inteligencia de las Escrituras. Pero el momento no era llegado todavía, y él lo aguardaba sometido á la voluntad de su Padre, sin manifestar la menor impaciencia de verlo llegar mas presto.

Es la mansedumbre una virtud que diariamente se practica: tenemos de ella una continua necesidad con respecto á las personas con quien vivimos: un marido y una mujer entre sí, un padre y una madre con respecto á sus hijos, un amo ó señora con sus domésticos. Cada uno tiene sus defectos; no siempre depende de nosotros el corregir los del prójimo, pues ó no tenemos autoridad para tanto, ó queda sin fruto el uso que de ella hacemos. Entonces es necesario resolverse á sufrirlo. Nos dice el Apóstol: *Comportad las cargas unos de otros, y con eso cumplireis la ley de Cristo.* (Galat., VI, 2.) En las familias, en las comunidades seculares ó regulares, donde quiera vivan hombres reunidos, no hay precepto de obligacion mas indispensable si se quiere conservar la union y la paz. Mas ¡de cuánta dulzura para esto se necesita! No entiendo hablar aquí de aquella espe-

cie de dulzura de carácter que tiende mas bien á la flojedad, á la indiferencia, á la debilidad, que á la virtud, y que no puede comunicarse cuando no se recibió al nacer. Tampoco entiendo hablar de aquella afectada dulzura, efecto de la cortesía y del bien parecer humano ó de los respetos que creemos debemos á nosotros mismos. Esta especie de mansedumbre es únicamente exterior; los motivos que la producen nada tienen de comun con la caridad cristiana, y hay mil circunstancias en que ó pierden la fuerza ó no tienen lugar. La mansedumbre de que aquí tratamos es enteramente sobrenatural en sí misma y en sus motivos; es el fruto de la humildad, de la caridad, del imperio adquirido sobre nosotros mismos con el auxilio de la gracia, de nuestra habitud en estar constantemente unidos á Dios y ser dueños pacíficos de nuestra alma y de sus afecciones.

Si es ya mucho el soportar los defectos del prójimo, mucho mas se necesita en mi concepto para reprenderlos, para trabajar en corregirlos, pues entonces es preciso saber hermanar con el celo la firmeza, y hasta con una santa indignacion excitada por la gracia. ¡Cuán puro ha de ser el celo para ser dulce! ¡Cuán prudente ha de ser la firmeza para no degenerar en dureza y en inflexibilidad! ¡Cuán lleno ha de estar de Dios un corazon para que esta cólera no le altare la paz, para que no pase de sus límites y que no se mezcle con ella la natural impetuosidad! La correccion, cuando tiene todos los requisitos, es la obra maestra de la mansedumbre. Por esto nada escasea tanto como el talento de reprender á propósito y de la manera conveniente para no agriar los espíritus y para moverles á reconocer sus faltas y á corregirse de ellas. La mansedumbre, pues, es la virtud á que mas han de aplicarse los que tienen inspeccion sobre la conducta de los demas y que están obligados á darles avisos y reprehensiones. El medio entre la flojedad y el rigor excesivo es muy difícil de adquirir; y á menos de estar muy adelantado en la vida interior no será fácil preservarse de uno de ambos extremos. Hay un cierto arte que prepara los espíritus, se insinúa

en ellos con suavidad, los maneja á su placer, no insiste mas de lo que es necesario, les cautiva eficazmente, poniéndoles en la senda de su curacion; y este arte solo lo enseña Dios á las almas que plenamente posee.

En cuanto á los que enseñan, una manera dulce é insinuante de proponer las verdades cristianas es tan necesaria á los que predicán como á los que escriben sobre asuntos de piedad. Ved el modo con que lo hacen Tomás de Kempis, san Francisco de Sales y Fenelon: todo respira dulzura en sus escritos y muestran la virtud tan amable, que nadie puede negarse á abrazarla. Dificil es no hallar sabor en ellos; y desde que se han gustado es aún mas difícil no rendirse á su doctrina. Y esto es, porque la gracia misma enseñaba por medio de estos hombres de oracion y animados del espíritu de Jesucristo. Conoceréis siempre las obras buenas y sólidas sobre la vida interior por un carácter imitable de dulzura, que en vano buscareis en otra parte. Las materias espirituales, y en general todo lo que pertenece á la moral cristiana exige ser enseñado así.

Pero aún es mucho mas necesaria la dulzura á los que enseñan en particular, ya sea en el tribunal de la penitencia ya sea en las conversaciones familiares, como los confesores y directores. Estos tienen que luchar contra los defectos del espíritu y del carácter, y contra las malas disposiciones de las personas con quienes hablan. Si manifiestan mal genio, impaciencia, altivez y cierta cosa de imperioso y dominante, se harán mal á sí y á sus propias instrucciones, alejarán de sí á las almas, las volverán indóciles ó las fastidiarán. Atiendan al modo con que enseña la gracia, cómo se acomoda á la capacidad de cada uno, cómo va ilustrando insensible y gradualmente, cómo cautiva blandamente y poco á poco la voluntad, sin impacientarse aunque haya sido rechazada al principio, volviendo á la carga, aprovechando los momentos favorables y no hablando sino en circunstancias oportunas para ser escuchada; superando con una fuerza llena de suavidad los obstáculos que se le oponen, proponiendo

todo lo que sirve para atraer el corazón y disimulando ó allanando las dificultades que pulieran arredrar. Así enseñaba Jesucristo, el autor de la gracia. Así deben enseñar aquellos á quienes encarga él este ministerio, ó que pone en ciertas coyunturas por una disposición particular.

No ha de creerse por esto que la mansedumbre excluya el celo; no hace mas que temperar su ardor y regular su impetuosidad. Sin salirse de su carácter de dulzura, Jesucristo pareció animado del mas fervoroso celo cuando era necesario. San Pablo, su fiel imitador, reunió en sus cartas toda la fuerza y la vehemencia del celo, con las expresiones de la mas tierna caridad. San Juan, que es la misma dulzura, hace brillar su celo contra los enemigos de Jesucristo y de la caridad fraternal. Lo repetiré aún otra vez: entregaos al espíritu de Dios; sea él quien hable por vuestra boca, y el que regule los movimientos de vuestro corazón. Si la naturaleza entra por algo en lo que debe ser todo sobrenatural, echará á perder su obra, y vosotros tendreis que inculparos el haber inutilizado la gracia.

CAPITULO XXXVII.

DEL AMOR DE JESUCRISTO PARA CON SU PADRE.

JESUCRISTO es el único hombre que haya perfectamente cumplido el gran precepto de la ley: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu espíritu, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas.* El amó á Dios mas de lo que fué amado, y mas de lo que lo será en el cielo y en la tierra por todas las criaturas juntas. Y así como es imposible el concebir una union mas estrecha entre las dos naturalezas divina y humana que la union hipostática, así mismo es imposible corresponder á semejante beneficio con un amor mas grande del que tuvo Jesucristo. Verdad es que en cierto sentido

este amor era necesario; pues que su alma gozaba de la vista de Dios y no podía perderla. Pero la clara vision de Dios no quitaba á esta alma su libertad, ni el que ejercitase su amor con toda espontaneidad. Y bajo este punto de vista Jesucristo se nos propone por modelo en su amor para con Dios, como en todo lo demas, á nosotros que estamos aquí en la tierra en estado de fe. Y era muy necesario que su amor fuese libre, pues era meritorio para él y para nosotros, y que las pruebas que de él dió, quiso darlas por medio de un expreso consentimiento. Podemos, pues, y debemos imitar en esto á Jesucristo, amando á Dios segun toda la extension de la gracia que para ello se nos ha comunicado.

Veamos ahora cómo Jesucristo amó á su Padre. Le amó *con todo su espíritu*; es decir, en primer lugar, que su amor correspondió al conocimiento que tenia de la amabilidad infinita de Dios, y de todos los títulos por los cuales merece nuestro amor. Siendo la voluntad, como se sabe, ciega por sí misma, no puede amar un objeto sino en cuanto el entendimiento se lo presenta como amable; y cumple con todo lo que de ella depende, cuando ama de una manera proporcionada á los motivos de amor que el entendimiento le descubre en el objeto. No se trata aquí de señalar á punto fijo hasta qué grado el alma de Jesucristo conoció la amabilidad de Dios bajo todos los respectos. Diciendo que esto sobrepuja á nuestra comprension, ya lo hemos dicho todo. Bástanos solamente saber que él le amó tanto, quanto le conoció amable. Hé aquí la regla que hemos de seguir, y así es como debemos amar á Dios con todo nuestro espíritu. El conocimiento que tenemos de Dios y de sus beneficios es incomparablemente inferior al que tenia de ello Jesucristo. Mas nuestro amor ¿corresponde al que nosotros tenemos? Este es el punto sobre el cual jamas nos habremos examinado constantemente, con el fin de humillarnos, de confundirnos, de excitarnos á llenar el primero de nuestros deberes. Sabemos que Dios, siendo soberanamente perfecto, es infinitamente amable por sí mismo. ¿Qué

debemos inferir de aquí? Que jamas le amaremos bastantemente, que debemos siempre desear, siempre, esforzarnos, y pedirle siempre amarle mas; y que en este punto jamas debemos quedar satisfechos de nosotros mismos. Sabemos que Dios es el soberano, el único bien, el solo bien amable por sí mismo; y que el grande y principal motivo para amarle, se ha de tomar de él y no de nosotros, ni de nuestro interes, ni aún de nuestro reconocimiento. ¿Amamos á Dios principalmente por este motivo tan puro, tan elevado, tan destituido de todo motivo personal? ¡Ah! ¡Cuántos cristianos que se tienen por ilustrados, y á quienes ciega el amor propio, pretenden que el amor puro no es sino una quimera, hija de imaginaciones vivas y acaloradas; que este amor no es propio de la vida presente y que no conviene sino á los bienaventurados! Sin embargo así ha amado Jesucristo y nos invita y nos impele y nos obliga á amar del mismo modo; y no entraremos en el cielo sin una chispa al menos de este purísimo amor.

Es necesario, pues, que acá en la tierra nos esforcemos para llegar á la pureza de este amor, y sin excluir los demas motivos, hacerle el motivo dominante de nuestras afecciones. Cónstanos que de Dios tenemos la existencia y todos los bienes que son en el orden de la naturaleza; que en el orden de la gracia, los beneficios que hemos recibido y los que esperamos en la otra vida son tan grandes, que no hay de nuestra parte reconocimiento capaz de igualarlos. Sabemos tambien que Dios en nada necesita de nosotros para su propia felicidad; que si nos ha criado, si nos tiene destinados á una dicha eterna, es por una bondad enteramente gratuita. Paso en silencio todos los demas beneficios personales que forman el tejido de toda nuestra vida. Dictanos nuestra razon y nuestra fe que por la mas justa de las retribuciones debemos amar al que nos ha amado el primero; y amarle á proporcion de las muestras que de su amor nos ha dado. ¿Le amamos así? Y ¿hacemos servir al amor las luces que de la razon y de la revelacion recibimos? Y en tanto mas, en

cuanto por precio de tantos beneficios naturales y sobrenaturales Dios no nos pide otra cosa que nuestro amor.

Jesucristo amó á su Padre *con todo su espíritu*; es decir, en segundo lugar, que desde el primer momento de su vida hasta al último suspiro, todos sus pensamientos, todas sus miras, todos sus designios se consagraron al servicio y á la gloria de su Padre; que ningun otro objeto ocupaba su espíritu y que á él solo lo refería todo. ¿Ocupa Dios así mismo toda la capacidad de nuestro espíritu? ¿De dónde nos vienen, pues, tantos malos pensamientos, tantos pensamientos inútiles, tantos pensamientos de amor propio? ¿De dónde nos vienen todas estas miras terrestres y animales, todos estos proyectos en que Dios no entra para nada, y que lejos de glorificarle no suelen tender sino á ofenderle? Confesemos para nuestro oprobio, que el pensamiento de Dios, con el cual debiéramos familiarizarnos y que nunca debiéramos perder de vista, es quizás el que menos á menudo nos viene; que nos molesta é importuna, que procuramos desviarlo y distraernos de él; que lo sacrificamos voluntariamente al primer objeto que halaga nuestros sentidos ó nuestra imaginación; que casi todas nuestras reflexiones se refieren á nosotros mismos, que nunca nos dejamos, ni aún en la oración, en la cual la mayor parte de tiempo Dios es quien menos nos ocupa. Si es una verdad que á menudo se piensa en lo que se ama, y que todo nos lo recuerda, ¿no tenemos motivo para creer, ó que no amamos á Dios ó que no le amamos sino muy débilmente?

Jesucristo amó á su Padre *con todo su espíritu*; es decir, en tercer lugar, que por amor tuvo su espíritu en continua dependencia del espíritu de su Padre; que no tuvo otra regla en sus juicios que el espíritu de su Padre; que no dió acogida á otros pensamientos que á los inspirados por su Padre. ¿Es, pues, amar á Dios *con todo nuestro espíritu*, pretender gobernarnos por el espíritu propio, conservar el dominio sobre nuestros pensamientos y no someterlos al espíritu de Dios? Si el espíritu propio es por sí mismo opuesto al espíritu de Dios, claro está que escu-

chándolo, siguiéndolo, tomando consejo de él solo, vamos directamente contra el precepto del amor de Dios. ¿Hemos dado hasta ahora en que para cumplir este precepto nos era absolutamente indispensable renunciar al propio espíritu? Y al presente que tan clara vemos esta necesidad, ¿tomaremos el partido de renunciar á ella? Para hacerlo eficazmente, empecemos por instruirnos en la oración y en los buenos libros espirituales de lo que es el propio espíritu, hasta qué punto nos domina, y cuán sutil es y peligroso. Cuando háyamos adquirido estos conocimientos que nos faltan, nos hallaremos mas dispuestos á hacer de aquel un sacrificio á Dios, rogándole que sustituya en nosotros el suyo, y trabajando nosotros para destruir el nuestro.

Jesucristo amó á su Padre *con todo su corazón*. Lo primero que hizo al entrar en el mundo fué dárselo con una donación entera, absoluta, irrevocable. Y no fué esto un don vago, general y sin objeto determinado. Conoció ya entonces hasta el último punto y del modo mas distinto á todo lo que le obligaba aquel don; supo cuáles eran sobre él la voluntad y los designios de su Padre, cuán rigurosos eran, y el sacrificio que de él exigía; y aceptó este sacrificio, consagrándosele con el amor mas fuerte y generoso. Si posible hubiese sido que su Padre le hubiera exigido mas, no hubiera vacilado en dar su asenso, pues que su amor era superior en mucho á las terribles pruebas por las cuales pasar debia. Un volcan de amor abrasó desde entonces, devoró, consumió aquel corazón adorable; mas ¿qué volcan tan inmenso! ¿Qué ardiente! Todo el fuego que inflama en el cielo los espíritus y las almas bienaventuradas, todo el que ha ardido sobre la tierra y arderá hasta el fin de los siglos en el corazón de los justos y de los santos, nada tiene de comparable con el fuego que se encendió en el corazón de Jesucristo; y es muy cierto, á lo menos en cuanto á los hombres, que todo el amor á Dios que han tenido y que tendrán para siempre mas, no son sino débiles chispas emanadas de aquel inmenso foco.

El hábito de la caridad se nos infundió en nuestros corazones

con el bautismo y nos impone la obligacion de dar nuestro corazon á Dios, desde que tenemos la razon suficiente para conocerlo. ¡Cuán pocos cumplen con este deber tan pronto como pueden! ¡Cuán pocos persisten en esta donacion adelantando en edad y no la revocan cuando empiezan á darse á conocer las ocasiones! Semejante privilegio solo ha tenido lugar en un corto número de santos. Los demas que han entregado enteramente su corazon á Dios no lo han verificado sino ó despues de haber perdido la gracia santificante, ó despues de haber por largo tiempo balanceado entre Dios y las criaturas. La mayor parte viven y mueren sin haber nunca consentido en desasirse enteramente de su corazon. Y ya que es preciso decirlo, de tantas personas como hacen profesion de piedad, las almas interiores son las únicas cuyo corazon sea enteramente de Dios; y aún hay entre ellas su mas y su menos, segun la medida de su gracia y de su correspondencia á ella. ¡Quién tal creyera! Este don de nuestro corazon que solicita Dios con tanta fuerza, que tan legítimamente y por tantos títulos se le debé, y que todas las razones tomadas de nuestro propio interes nos impelen á concedérselo, este don, repito, es la cosa del mundo que mas nos cuesta, por la cual sentimos mayor repugnancia y que le rehusamos con mayor obstinacion. Preciso es que Dios nos lo arranque por una especial gracia, sin la que jamas le obtuviera. ¡Qué vergüenza para nosotros y qué exceso de miseria, hijo del pecado y de nuestro amor propio, el que tanto nos cueste amar á Dios *con todo nuestro corazon!*

Jesucristo amó á su Padre *con todo su corazon*; á él se dirigieron todas sus afecciones en toda la extension y con toda la vehemencia de que era capaz. Nada amó sino por respeto á su Padre y con el mismo amor que á él tenia, sin dividirlo nunca con nadie. Su corazon tendia derechamente á Dios sin el menor desvío; con un movimiento tan vivo y una rapidez tan inconcebible, que mas bien puede decirse que estuvo siempre como abismado y perdido en Dios. ¡Qué es lo que amaba en su santa

Madre, en José, en sus apóstoles, en los hombres todos? Dios, únicamente Dios; ni queria ni podia amar en ellos otra cosa. ¿Dónde están los santos cuyos afectos están consagrados á Dios, que no tengan alguna aficion humana, por pequeña que sea, ó desde el momento en que notan alguna en sí mismos, sean inexorables en cortarla de raíz? ¡Cuán difícil es no amar sino á Dios solo en todo lo que nos manda ó nos permite amar! ¡Cuán raro es un amor tan puro! Creyéramos molestar, cautivar demasiado nuestro corazon siuviéramos que sujetarlo á este solo amor; y no pensamos que muy al contrario, en esto consiste su verdadera, su perfecta libertad; y que la menor afeccion que le separe de allí es un obstáculo que le impide tomar libremente su vuelo hácia el bien soberano.

Jesucristo amó á su Padre *con todo su corazon*; nunca reflejó su amor sobre sí mismo, nunca echó sobre sí la menor mirada de complacencia, nunca amó cosa con respecto á sí. En él no existió ni pudo existir el amor propio, porque él no tenia ni propiedad ni otro *yo* que el *yo* del Verbo. ¿Con que no amaba él á su alma ni á su cuerpo? Sí, los amaba; mas como unidos al Verbo, como perteneciendo al Verbo, y con el mismo amor que en cuanto á Verbo profesa á su Padre de toda la eternidad. No podemos tratar nosotros de llegar á esta inefable pureza de amor; pero debemos aspirar á toda la pureza que Dios desea y de que nos hace capaces su gracia, combatiendo con todo nuestro poder al amor propio, á este enemigo irreconciliable del amor de Dios, debilitándole cada dia mas y persiguiéndole hasta los últimos rincones de nuestro corazon. No amamos á Dios sino en cuanto aborrecemos el amor propio. Y para aborrecer el amor propio tanto como merece, y hasta para conocerlo tal como es, necesitamos de una luz y de una gracia sobrenaturales, que Dios no concede sino por grados á los que están decididos á amarle *con todo su corazon*.

Jesucristo amó á su Padre *con todas sus fuerzas*; y no se valió de su cuerpo sino como de un instrumento destinado á auxiliar

el alma en las pruebas que le dió de su amor. Empleó sus fuerzas en obrar y en padecer por Dios; no le dió alimento y reposo sino para ponerle en estado de aguantar nuevos trabajos y nuevos sufrimientos; en fin, por amor entregó su cuerpo á todos los tormentos, derramó toda su sangre hasta la última gota, y lo inmoló en holocausto sobre la cruz. ¡Reflexionamos seriamente que este cuerpo que nosotros cuidamos debe ser una víctima de amor; que todas las satisfacciones naturales que le concedemos mas allá de la necesidad son otros tantos robos que hacemos al amor; que si se le ha dado vida, salud, fuerza es para consagrarle todo al amor; que cuando le ahorramos el trabajo ó cuidamos tanto de librarle de lo que le molesta, le fastidia ó le hace padecer vamos contra el precepto del amor; y con mayor razon cuando con tanto afán le procuramos los placeres de los sentidos, cuando le conservamos en una muelle holganza, cuando no nos curamos sino de su bienestar, y nuestra alma forma de él su ídolo consagrándose á su servicio, en vez de hacerlo servir y sacrificarlo al servicio de Dios? ¡Ah! ¡Cuán lejos estamos de imitar en esta parte á Jesucristo! Su cuerpo fué la primera cosa que sacrificó á su Padre: no lo tomó sino para hacerle morir con una muerte violenta, y con este objeto lo alimentó y lo sostuvo, no mirándolo ni tratándolo en toda su vida sino como una víctima. Y su carne sin embargo era inocente, era santa y unida íntimamente con la divinidad; y la nuestra es corrompida en su origen, rebelde al espíritu, nos conduce al pecado y es la fuente principal de nuestros pecados; y el grande objeto de la mayor parte de las pasiones es el satisfacer sus terrestres y brutales inclinaciones.

Jesucristo amó con todas las facultades de su alma. Su memoria, su entendimiento, su voluntad, su misma imaginacion solo de Dios se llenaban, solo en Dios se ejercitaban, solo en servirle se ocupaban. El Verbo, por su accion divina, daba el impulso á las potencias del alma y el alma á los movimientos del cuerpo; de suerte que todo estaba ordenado y dirigido por el

amor, todo tendia y terminaba en el amor. ¿Nos hallamos nosotros en este caso? ¿Aspiramos á tanto por nuestros deseos? ¿Nos esforzamos con todo nuestro poder para llegar á conseguirlo? ¿En qué se ocupa nuestra alma que siempre está pensando, queriendo, y cuya actividad no para un solo instante? ¿Es acaso Dios, ó lo que se refiere á Dios, el recuerdo de sus recuerdos, de sus reflexiones, de sus afectos? ¿Solo para Dios tiene vida y accion? ¿Es un principio sobrenatural el que le imprime sus movimientos, el que manda y gobierna sus operaciones y el que las dirige todas hácia el amor de Dios? Hé aquí sin disputa lo que debe ser un cristiano; hé aquí á lo menos á lo que debe tender con un ardor infatigable, si quiere amar á Dios *con todas sus fuerzas*. Esto es imposible acá en la tierra me direis. Y ¿por dónde lo sabeis? Si hablais así es porque todavía no habeis empezado á amar. Amad y vereis cómo el amor, una vez dueño de vuestro corazon, se apoderará de todo lo demas, se apropiará el uso y la direccion de vuestras facultades espirituales y corporales, os enseñará á consagrarle vuestros trabajos y vuestros padecimientos, vuestros placeres y vuestras penas, lo dirigirá todo á él y reducirá á su debida unidad esta multiplicidad que os divide y os disipa. El amor empieza por reunirlo y reconcentrarlo todo en lo interior, desde donde se comunica despues al exterior y acaba por poseer á todo el hombre. Es un fuego que del centro se extiende á todos los extremos, lo gana todo y transforma en él todo cuanto toca, despues de haber consumido lo que se le opone.

CAPITULO XXXVIII.

DEL AMOR DE JESUCRISTO PARA CON LOS HOMBRES.

EL amor del prójimo es una consecuencia necesaria del amor de Dios. Porque no se puede amar á Dios sin amar lo que él